

Retrato antropológico

VICENT NAVARRO

EL OCASO DEL GUERRERO

Cuantas veces Andro, padre de mi mujer Ancisca, gustaba de recordar en tertulias familiares, como cosa graciosa, el viaje que los jóvenes kelatzaras hacíamos a las *pedras encantadas* donde moraban los espíritus de antepasados de nuestra tribu. Era un viaje de buena suerte, de alegría y regocijo que fortalecía los lazos de futuras parejas.

En aquel tiempo yo era joven y pensaba que tenía que hacer el cuerpo fuerte y duro y así evitaría enfermedades en el futuro; me bañaba en pleno invierno en agua fría (una vez casi no lo cuento por el enfriamiento) y solía llevar en los pies unas abarcas y una calza de lana.

El día que escogimos para ir a las *pedras encantadas* era gris y amenazaba tormenta. Todos los componentes de la partida se pusieron botas de piel, untadas con grasa de caballo para impermeabilizarlas de la lluvia o de la nieve. Y Andro mirándome me lanzó una advertencia:

- *Baisetas, ¿Dónde vais? Es una zona alta, seguro que si aquí llueve allí nieva y ese calzado es para verano o entretiempos, no para la nieve.*

Yo, haciéndome el duro, le contesté:

- *Andro, considero que el tiempo no va a ser tan malo, y yo me voy con el calzado que llevo a diario.*

En las *pedras encantadas* no nevaba, pero había nevado; había charcos de agua y nieve por doquier y yo, para protegerme, envolví los pies en pieles. Al principio me fue bien, pero después las pieles se desbarajustaron y el agua y la nieve penetraron en las abarcas, mojándome

los pies que se me congelaban por momentos, de frío.

Cuando descendimos del alto de las *pedras encantadas* y en el sendero no había nieve, me quité las pieles y las calzas mojadas, sequé las abarcas lo mejor que pude y me coloqué unas calzas que llevaba de repuesto.

De vuelta en el poblado, estábamos en la choza de Andro, al lado de un buen sagato, comiendo, bebiendo y contando las peripecias del viaje y Andro no podía contener la risa.

Siempre he sido poco experto en todo lo referente al monte, desde pequeño me ha dedicado a hacer carretas, pero Andro sabía de plantas y de animales, era un experimentado pescador, y rara era la vez que no trajera unas cuantas truchas. En la época de hongos, traía cestas de mizclos y setas de cardo, tenía controlados los mejores sitios y nada se escapaba a su vista. Muchas veces pasaba yo por lugares que no encontraba nada y él me gritaba:

- ¡Baisetas!, ¡mira, mira si hay por aquí mizclos!

Todo esto ya se ha acabado, ha sido un luchador hasta el final y ha resistido con una gran dignidad la enfermedad que le ha ocasionado la muerte, intentando seguir haciendo todas las cosas que han formado parte de su vida. Los funerales se harán en Kelatza. No será quemado, sino enterrado en tierra, según la costumbre romana, y Julius el carretero se hará cargo del transporte.

Cuando la carreta con el cuerpo hizo su entrada en la plaza del poblado, una gran multitud estaba esperando para honrarle a él y a su familia. La gente no dejaba avanzar a la carreta, sumida en



el llanto, dando besos y abrazos a los familiares, hasta que llegamos a la presencia del chamán.

Todos callaron y un gran silencio se hizo en toda la plaza, primero sus compañeros del clan le recitaron loas de alabanzas de las virtudes del compañero fallecido. El chamán con la punta de los dedos esparció agua purificada con hierbas lanzando las gotas al aire; mezcló con esta agua ceniza de la madera de la encina sagrada, marcando en la cara a los familiares y compañeros de su clan y en último lugar el cuerpo de Andro. A continuación invocó a los espíritus de los antepasados para que ayudaran y acogieran con agrado a Andro en el más allá.

Acabados los rituales, nos dirigimos a la necrópolis. El suelo está mojado, ha llovido los días anteriores y hay mucho barro. Un anciano resbala y está a punto de caer a tierra, pero puede agarrarse al brazo de un joven. Depositamos el cuerpo de Andro en la fosa y mi hija mayor, Ana, recita unas palabras de amor y de agradecimiento a su abuelo. Yo animo a mi hija peque-

ña, Ara, que toque la flauta, como última canción de homenaje a su abuelo. Entre sollozos apenas si puede terminar de tocar.

Todo ha sido muy emotivo y las lágrimas invaden a los presentes.

La mujer, hijas y nietas echan flores, ramas de olivo y puñados de tierra sobre el cuerpo de Andro. Y con la ayuda de compañeros y amigos se coloca una gruesa losa de piedra para tapar la fosa.

Una última despedida de familiares y amigos y regresamos a la choza de Andro. Allí, junto a un buen sagato, realizamos el ágape funerario y contamos las historias y vivencias que recordamos con agrado de Andro.

Ildutas, Olónico, Aber y otros compañeros del clan unimos nuestras manos y las levantamos al aire:

- ¡Honor y gloria para un luchador! ¡Andro!
¡Andro! ¡Andro!